

TRIBUNA

Alguien en quien confiar



Enrique Gil Calvo

Profesor titular de Sociología.
Universidad Complutense de Madrid

YA DESDE UN TIEMPO bastante anterior a la irrupción de la crisis financiera global, a la que convinimos en llamar *gran recesión*, se había creado en Occidente un clima de difuso malestar social ante lo que muchos definieron como el declive de las clases medias¹. Por este concepto se entendía la progresiva pérdida tanto del poder adquisitivo como del prestigio social que hasta un tiempo antes habían llegado a alcanzar los profesionales titulados, para constituir la columna vertebral de la sociedad industrial. Un prestigio y un estatus que en la sociedad postindustrial se está degradando paulatinamente, hasta llegar a la actual caricatura periodística de los *mileuristas*: jóvenes profesionales urbanos altamente cualificados que sin embargo no pueden acceder a una posición estable, ni logran tampoco ser retribuidos al mismo nivel de sus méritos y capacidades. Es lo que otros autores como Richard Sennett han llamado el final de la meritocracia², para referirse al hecho de que a los profesionales ya no se les valora hoy por los méritos demostrados a lo largo de su pasada experiencia sino por la rentabilidad que se espera extraer de ellos en el futuro. Y esta reciente devaluación del estatus profesional se ha visto hoy agudizada sobremanera por el impacto de la gran recesión³, que ha condenado a muchos profesionales tanto autónomos como asalariados y funcionarios a una creciente pérdida de ingresos, cuando no al desempleo y la prejubilación.

¿Por qué hemos llegado a este estado de cosas? ¿Cuál es la causa de esta devaluación del estatus profesional? Los factores que lo explican son muchos y distintos, pero si hubiera que resumirlos en un único diagnóstico expeditivo, cabría atribuirlo al síndrome de la llamada *sociedad del riesgo* que define a la actual metamorfosis estructural⁴. Una serie de mutaciones económicas, tecnológicas y ecológicas cuyo sentido último evolutivo depende de la interacción entre el proceso político y el proceso mediático, los dos grandes vectores interdependientes pero contradictorios que conforman la agenda pública actual. Y esta agenda pública se articula hoy en torno a la política del miedo, basada en la explotación interesada de los acontecimientos mediante el alarmismo mediático, que siembra el temor colectivo y el pánico social ante la



Se impone la vuelta al profesional weberiano, cuya función es infundir confianza a patrocinadores y clientes reduciendo la incertidumbre y asegurando el futuro

possible emergencia de riesgos forzados o fortuitos⁵. Pues lo que ocurre no es que la sociedad actual sea más insegura que las anteriores. Todo lo contrario, ya que nunca han existido tantos dispositivos institucionales, públicos y privados, para asegurarnos contra todo riesgo. Pero sucede que la sociedad actual es mucho más conservadora que las precedentes, experimentando un temor reverencial por todo cuanto pueda suponer una amenaza por pequeña que sea para el considerable nivel de seguridad del que ya se disfruta como un inalienable derecho adquirido.

En consecuencia se impone como nuevo imperativo categórico el ecologista principio de precaución⁶, que obliga a prevenir las alternativas más amenazadoras para el ecosistema

1. Massimo Gaggi y Edoardo Narduzzi: *El fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste*, Lengua de Trapo, Madrid, 2006.

2. Richard Sennett: *La cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2006.

3. Enrique Gil Calvo: *Crisis crónica. La construcción social de la gran recesión*, Alianza, Madrid, 2009.

4. Ulrich Beck: *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI, Madrid, 2002.

5. Manuel Castells: *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza, 2009. Véase también, Enrique Gil Calvo: *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*, Alianza, Madrid, 2003.

6. José A. López Cerezo y José Luis Luján: *Ciencia y política del riesgo*, pp. 135-153, Alianza, Madrid, 2000.

Lo que nos hace urgente falta en todos los campos son profesionales fiables, capaces de confiar en la realidad y por tanto de infundir confianza en los demás

que puedan ocurrir, por baja que sea su probabilidad de aparición. De ahí que todos los medios de comunicación estén constantemente escrutando el presente horizonte más inmediato tratando de alertar contra la temida emergencia de alguna crisis, algún escándalo, algún atentado, alguna catástrofe o cualquier otro acontecimiento amenazador. Y de ahí también que las autoridades estén siempre dispuestas a reaccionar ante las sirenas de alarma mediática, decretando inmediatamente el estado de excepción para enfrentarse a los acontecimientos críticos con lo que Cass Sunstein denomina leyes del miedo⁷: guerra contra el terror, guerra contra la crisis, guerra contra la pandemia del virus de la gripe A, etc. Así es como se instaura mediáticamente la paranoia social políticamente institucionalizada.

Y este clima paranoico de precaución ultraconservadora ha distorsionado la función de los profesionales, que han pasado a ser valorados no tanto por su capacidad de inspirar confianza, como ocurría antes, sino por su capacidad de infundir temor, sembrando la inquietud ante la posible aparición de cualquier imprevisto riesgo amenazador. Es la nueva figura emergente del nuevo profesional mediático que ejerce de profeta apocalíptico sembrando la incertidumbre a través de las redes digitales con profecías agoreras cuyo poder de contagio mimético puede hacer que se cumplan a sí mismas, según el ejemplo de tantos *blogueros* económicos que predicen la pronta llegada de una inminente crisis financiera en forma de invencible tormenta perfecta, como Nouriel Roubini con la crisis de las hipotecas *subprime* en el 2008 o Wolfgang Münchau con la actual crisis de la deuda soberana en el 2010.

Pero no son sólo los gurús mediáticos, pues ahí están también los nuevos *brokers* de Wall Street o la City de Londres, a quienes se contrata con sueldos y *bonus* multimillonarios por su presunta capacidad de enfrentarse al riesgo financiero para superarlo con éxito diseñando nuevos productos estructurados de riesgo todavía mayor. Pues estos super-expertos en riesgo fueron precisamente quienes crearon la gran recepción al diseminar por todos los mercados sus activos de alto riesgo difundiéndolos globalmente como si fueran una hiper-contagiosa pandemia viral. Así crearon con sus productos de economía-ficción una crisis en la economía real que enseguida arruinó a muchos y finalmente empobreció a la mayoría. Todo por pura perversidad profesional de mercenarios depredadores y oportunistas, que sólo saben buscar su propio bien a costa de causar el mal ajeno: como esos inversores bajistas que especulan en corto y al descubierto apostando por la inmediata bajada de los valores, consiguiendo lucrarse con la ruina ajena. Y eso, además de injusto, es traicionar el sentido de la función profesional.



Pero quien dice los nuevos profesionales financieros, expertos en crisis perfectas, dice también los demás profesionales agoreros que también se hacen eco del mismo clima de paranoia mediática y, en lugar de infundir confianza a sus clientes o patrocinadores, por el contrario les alarman sembrando incertidumbre para infundirles temor. Es por ejemplo lo que ocurre en las instituciones de enseñanza, donde la mayoría de los profesionales educativos sólo sabe quejarse del clima de riesgo y desconfianza que presuntamente reinaría en las aulas, haciendo eco de toda la rumorología mediática sobre el acoso escolar y la crisis de la enseñanza para contribuir por efecto contagio y efecto bola de nieve a desatar la paranoia educativa institucionalizada. Con lo cual se traicionan a sí mismos desvirtuando su función profesional, que no es la de sembrar desconfianza en la profesión sino por el contrario infundir a todos, tanto en público como en privado, mayor confianza en ella.

¿Qué solución hay? Se impone la vuelta al profesional weberiano, cuya función es infundir confianza a patrocinadores y clientes reduciendo la incertidumbre y asegurando el futuro. Esto está muy claro en economía, donde habría que expulsar a los mercenarios depredadores bajistas que especulan en corto y al descubierto para sustituirlos por auténticos empresarios schumpeterianos, capaces de crear riqueza y reinvertirla a largo plazo para poder compartirla con otros. Y quien dice economía debe decir lo mismo en las demás actividades, donde sobra el profesional mediático que sólo se dedica al riesgo-ficción y sobra también el depredador mercenario que se lucra con el riesgo ajeno. Y en cambio lo que nos hace urgente falta en todos los campos son profesionales fiables, capaces de confiar en la realidad y por tanto capaces de infundir confianza en los demás. Pues si tuviéramos suficiente masa crítica de tales profesionales, no habría crisis que pudiera con ellos. ■

7. Cass R. Sunstein: *Leyes de miedo. Más allá del principio de precaución*, Katz, Madrid, 2009.